

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 8 de Enero de 1931

Núm. 404

Las cuentas de Dominguín

III

Dominguín está atareadísimo; abriendo cuentas a destajo, con objeto de fijar bien en su memoria las lecciones que sobre contabilidad le ha dado el Abuelo.

El Abuelo contempla sonriendo al pequeñín, pues le entusiasma verle tan asiduo, tan constante, en capacitarse de lo aprendido.

Tan asiduo digo: no tan voluntarioso, como dirían muchos, porque el voluntarioso es el que «por capricho quiere hacer su voluntad siempre», y apicarlo en este caso sería un disparate.

Por último, Dominguín exclamó: —¡Ay, abuelito!... ¡En qué lío me he metido!

—¿Qué te pasa, muchacho? —Que no se cómo arreglarme para no tener que sumar las partidas del Debe y el Haber de Caja, cada vez que necesito saber el dinero que poseo.

—¿No sabes cómo arreglarte?... Pues para que lo comprendas mejor, vamos a abrir una nueva cuenta que llamaremos de Pérdidas y ganancias, y con ella tendrás resuelto el problema. Presta atención:

«Vamos a figurarnos que tienes colgada en el balcón la jaula en que guardas el canario; vamos a suponer que canta que es una maravilla; que pasa por la calle un señor... inglés, muy rico y caprichoso que se enamora del canto del animalito, y que te ofrece por el canario ciento cincuenta pesetas, y que tú se lo vendes...»

—Pero... ¡Abuelito!... Yo no puedo hacer eso que sería un robo; porque a mí me ha costado sólo 26 pesetas con jaulas, ponedores, la hembra... Bueno es que gánase algo, pero tanto... tanto...

—¿No te haces cargo de que esto es una suposición, Dominguín?... Además, que esos reparos de conciencia en el comercio no se estilan, porque el comercio no tiene entrañas. No lo olvides.

—Pero, Abuelito. Lo del inglés no me parece justo. Sería un abuso.

—Pues con abuso o sin él, figúrate que te ofrece 150 pesetas por tu canario, y que tú se lo vendes.

»Entonces haremos el siguiente apunte en la cuenta de

DEBE	MERCANCIAS	HABER	
Mayo 8 A caja	Ptas. 26.-	Mayo 17 De caja	Ptas. 150.-

Y por la misma razón, y siguiendo lo hecho hasta ahora, ingresaremos en la cuenta de

DEBE	CAJA	HABER	
Mayo 1.º A varios	Ptas. 59.15	Mayo 8 De juguetes	Ptas. 3.-
Mayo 17 A Mercancías	150.-	De mobiliario	10.-
		De mercancías	26.-

—¡Ay, Abuelito! ¡Si fuese verdad lo del señor inglés, tendría un montón de pesetas! ¿Cómo me arreglaré para saberlo?

—Como te dije el pasado sábado, y me contestaste que lo habías entendido...

—¡Es verdad! Ahora lo recuerdo; verás: sumo el Debe de Caja, que me da 209 pesetas con 15 céntimos. Sumo después el Haber de la misma cuenta, que arroja... ¿se dice arroja, Abuelito?

—¡Sí hijo, sí!

—Que arroja 39 pesetas, y resultaría que tengo en la hucha 170.15 pesetas...

¡Ay, Abuelito! ¡Si me lo hicieras bueno, sería casi rico!

—¡Ambiciosillo!... Vamos ahora a ver cómo se hacen los apuntes en el Libro Diario, pues el Mayor es el complemento de éste, ya que en el Mayor se recoge por separado y se apunta en sus respectivas cuentas lo que en el Diario se apunta correlativamente; es decir: una cuenta debajo de otra.

Advirtiéndole que, al apuntarlo, se hace con todos los detalles necesarios para que no dé lugar a errores.

Así diremos:

LIBRO DIARIO DE DOMINGUÍN

1.º DE MAYO DE 1928

Caja Debe a mamá	10.15
a papá	12.-
a abuelo	17.-
a tía Ana	10.-
a tío Carlos	10.-

por las cantidades recibidas de ellos como agüinaldo en estas Pascuas y que constituyen el capital con que empleo mis operaciones, cuyas pesetas he depositado en mi Caja.

MAYO 8

Juguetes Debe a Caja	3.-
por compra de una pelota	
Mobiliario Debe a Caja	10.-
por compra de una mesa de estudio	
Mercancías Debe a Caja	26.-
por compra de una pareja de canarios, dos jaulas y dos ponedores a Filomeno Gil.	

MAYO 17

Caja Debe a Mercancías	150.-
por la venta de un canario a mister John.	

—¿Vas comprendiendo, Dominguín?

—¡Sí, Abuelito!... Lo veo claro.

—Pues entonces cada ocho días o cada mes, cuando quieras, vas apuntando las cuentas en cada uno de sus correspondientes folios del libro Mayor, y en cada momento sabes lo que debe o acredita cada titular de la cuenta, sin detallarlo, porque el detalle lo tienes ya en el libro Diario, ¿comprendes?

—Sí, lo comprendo bien, y haciéndolo con cuidado y sin olvidar nada, sé que la cuenta de Caja me indicará lo que he ganado o perdido en los pequeños negocios que yo haga.

—Y precisamente eso era lo que quería demostrarte, sin ahondar mucho en la materia: que te hicieras cargo principalmente de quién es el deudor y quién es el acreedor, pues no puede existir el uno sin el otro.

»Bástete con estos principios muy suficientes para tus necesidades, y dejemos para otra ocasión la contabilidad; ¿te parece bien?

—Sí, Abuelito. Yo te aseguro que lo fundamental no se me olvida.

—Ya lo veremos.

—EL ABUELO.

CUENTO INFANTIL

EL PATO COJO

En un pueblo muy lejano vivía un matrimonio que no tenía la dicha de tener hijos.

El marido trabajaba de zapatero, y su esposa de hilandera.

Un día los dos esposos tomaron unas cestas y se dirigieron al bosque a recoger frambuesas.

Alban de un lado para otro escogiendo las mejores, hasta que llenaron las cestas.

Mientras buscaba frambuesas, el marido vió en un matorral un nido en el que había un pequeño pato.

El zapatero llamó a su mujer y le dijo: —¡Mira, esposa, que pato tan lindo!

—¡Oh, qué hermoso! ¡Llévemolo a casa!

Con mucho cuidado tomaron el nido con el patito y se lo llevaron. Pero, al llegar a su casa, advirtieron que el pobre patito tenía una pata rota.

Luego prepararon un lugar bien conforme y en él colocaron el nido con el patito.

Al día siguiente, marido y mujer salieron para ir otra vez al bosque a buscar frambuesas. Tardaron bastante en regresar y recogieron buena cantidad.

Cuando llegaron a casa quedaron muy sorprendidos al verla toda limpia, los platos fregados y colocados en el escurridero, y la toalla limpia y colgada en su lugar.

La mujer supuso que alguien había entrado en la casa mientras ellos estuvieron ausentes.

—Seguramente alguien ha estado aquí para limpiar y ordenarlo todo—dijo.

Fueron a preguntar a la mujer vecina si, mientras estuvieron en el bosque, había visto a alguien en la casa. La vecina les respondió que no se había movido, sentada, de la pueria y que, aunque se había dormido un poquito, no había visto a nadie.

Marido y mujer se quedaron muy perplejos. Al día siguiente volvieron a salir. Cuando regresaron del bosque se quedaron aún más extrañados que el día anterior; todo estaba otra vez muy limpio y ordenado, la mesa puesta, la sopera llena de un sabroso caldo calentito y, al lado, un pan acabado de cocer.

La buena mujer se decía: —Pero quien habrá estado aquí? Y su esposo, muy sorprendido, añadió: —¡Alguien debe de haber entrado, puesto que encontramos la comida preparada!

Volvieron a preguntar a la vecina. —¿Hoy tampoco has visto entrar a nadie? —Sí—respondió la vecina—he visto a una niña. Venía de la fuente con dos cubos de agua y, sin decir nada, entró en vuestra casa. Era una chica muy hermosa, plástica que cojeaba un poco!

A la mañana siguiente el matrimonio fingió volver al bosque, pero, en vez de ausentarse, lo que hicieron fue esconderse tras una esquina y, desde allí, observar quien entraba y salía de su casa.

Después de un rato de espera, vieron a una hermosa jovencita que salía con dos cubos, llegaba a la fuente, los llenaba de agua y, sin decir nada, volvía a entrar en la casa.

—¡Ah!—dijo en voz queda el hombre,—esta muchacha es la que limpia y ordena nuestra casa mientras nosotros estamos fuera.

—En efecto—añadió la mujer,—ésta debe de ser la que, ayer nos preparó tan buena comida.

—Sí, sí, no hay duda,—repuso el marido.—Pero ¿dónde se mete mientras estamos en casa? —Ven, mujer, vamos allá y veremos que ocurre.

Entraron con gran sigilo y vieron el nido, pero el patito no estaba: no contenía más que un montoncito de plumas. Viendo que el pato se había marchado, tomaron el nido y las plumas y lo hecharon todo al fuego.

En aquel momento regresó la niña con los cubos de agua. Así que vió a los viejos se asustó y fué corriendo a esconderse en su nido, pero el nido lo mismo que las plumas, había desaparecido.

La hermosa niña se puso a llorar. El marido y la mujer procuraban consolarla, la abrazaban, le daban besos y le decían:

—¡No llores, hermosa niña, tú serás nuestra hija y nosotros viviremos muy felices como si fuéramos tus padres!

La niña, entre sollozos decía: —¡Yo bien quisiera quedarme aquí, pero habéis quemado mis plumas y me he quedado sin alas! Ahora no puedo quedarme con vosotros. Preparadme un huso y una rueca y así podré marcharme.

El buen zapatero, muy triste, preparó la rueca; la niña, después de tomarla, salió de la casa, se sentó en un banco y se puso a hilar.

Después de un rato pasó volando una bandada de patos que al ver a la niña, se pusieron a cantar:

—Nuestra pobre pequeñita, en ese banco triste se pasa los días, siempre esperando. Sus blancas manos, el lino están hilando. Gira, el huso, aumenta el hilo, y, suspirando, hila y espera la niña en ese banco. Patos, mandadle una pluma de vuestro manto, entonces la pobre niña vendrá volando. ¡Ved como la pobrecita os está mirando!

A lo que la niña contestó: —Marchad y dejadme sola, seguid volando.

¡A vosotros yo no os quiero, patos ingratos! Cuando en la verde pradera, vecina al lago,

mi pobre tierna patita se hubo quedado, me abandonastéis y huísteis a otros prados.

Volad y dejadme sola patos ingratos!

No tardó mucho tiempo en pasar otra bandada de patos que, al ver a la niña cantaron:

Ved a nuestra pobre niña sola, en el banco. ¡Qué triste pasa los días siempre esperando! Entra sus manos el lino, el lino blanco, se arrolla en torno del huso, y, suspirando, hila y espera la niña en ese banco. Patos, echadle una pluma, que está esperando, Y entonces la hermosa niña vendrá volando. ¡Echadle una pluma patos, que está llorando!

Pasaron los patos y cada uno de ellos se arrancó una pluma y la dejó caer junto a la niña. La hermosa cojita las fué recogiendo todas, se cubrió con ellas y quedó transformada en un lindó pato.

Batió las alas, se remontó por el espacio y se reunió con los patos.

Y he aquí como el zapatero y su mujer se quedaron otra vez solos por haber quemado las plumas del nido.

VALERIO CABRICK.

MACACO
EL MEJOR SEMANARIO PARA LOS NIÑOS

Veinte páginas de amena lectura, con profusión de grabados.
PRECIO: 30 cént.

Véndese en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER, Plaza del Príncipe número 17, Mahón.

T. B. O.
SEMAMARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Véndese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

UN VICIO MORTAL

Andrésín, con ansia loca, si en algún sitio se adentra, cuanto encuentra, cuanto toca, suele llevarlo a la boca, sin pensar que en su manía cualquier día, por fatales coincidencias, y para colmo de males puede serle de fatales consecuencias. pues lo que lleva a la boca él ignora quién lo ha usado o quien lo ha manoseado, y le aboca su ansia loca su constante aturdimiento a coger males sin cuento, pues acaso fué un tifooso, un leproso, un varioloso algún ético incipiente o un tísico en tercer grado, en que se halla el mal latente y se encuentra en un momento contagiada una dolencia que desafía a la ciencia y causa mortal tormento.

* *

El llevarse una moneda a la boca, es peligroso, que, pues tantas manos toca, es forzoso que en esa moneda quede acaso el virus morboso de un mal terrible, espantoso, que nadie curarlo puede.

ARIEL.

Juegos de manos

Juego de adivinar el naipe que se habrá enseñado, sacando no más que tres naipes de la baraja.

Tomar la baraja y tienes cuenta con el naipe que está debajo, y lo miras con presteza que no lo reparen los que miran, y dices: «Señores, el naipe que les enseñaré lo quiero adivinar, sacando no más que tres naipes de la baraja.» Después barajas bien, dejando el naipe que está debajo, y luego lo enseñas junto con la baraja, te niéndola con una mano, y dices:

«Señores, tengan en cuenta que naipe es este que les estoy enseñando... Después te pones la baraja detrás de las espaldas, y pones otro naipe encima del que has enseñado y que no se vea; después enseñas el naipe que estaba debajo, junto con la baraja, diciendo: «Señores, ¿es este?» Y te responderán que no.

Luego con ligereza que no lo perciban, sacas el que habían visto antes, y lo pones encima de la mesa, sin que vean que naipe es. Después barajas naturalmente; vuelves a decir: «Señores, ¿es éste?» y te responderán que no. Luego enseñas el otro que sigue, dices: «Señores, veamos si será este». También te dirán que no lo es, y lo pones también encima de la mesa con los otros dos, y dices: «Señores, ya que ustedes dicen que el naipe que les he enseñado no es ninguno de los que están encima de la mesa, pues miren si será alguno de los tres». Luego haces que los miren y encontrarán el dicho naipe que antes habían visto.

Juego de hacer muchos montones de naipes encima de una mesa y sacar el naipe que se pide del montón que se quiere.

Tomar la baraja y la barajas; y con ligereza miras el que está debajo cuál es; después dices: «Señores, ahora voy a hacer unos cuantos montones de naipes, y quiero adivinar el que nombraren, y sacarlo del montón que ustedes quisieran.» Luego barajas los naipes, sin mover el que está debajo; después haces tantos montones como personas hubiere, tenido cuenta del montón que está el naipe que han visto (supongamos el siete de copas); dices a uno de los que están mirando de cuál montón quiere que saques el siete copas, y del montón que te dijese sacas un naipe, y miras cuál montón quiere que saques el dos de espaldas; luego sacas un naipe del montón que te dijere, y sacas los otros de la misma manera. Adviértase, que si alguno te hace sacar un naipe del montón que está el siete de copas, y no es este el último, sacas otro naipe del dicho montón; pero si es el último sacas el siete de copas, y si ninguno te ha mandado sacar el naipe de dicho montón, dices: «Yo también quiero escoger montón para sacar tal naipe», y sacas el siete de copas; después dices al primero de los asistentes de cual montón te ha hecho sacar el siete de copas descubierto en el montón que te dijere; después haces las mismas preguntas con los otros poniendo el naipe descubierto encima del montón que te dijeren.

Lo que todos debíamos saber

Los incendios de los bosques son ocasionados muchas veces por los pedazos de cristal que se arrojan en el campo, especialmente los trozos de botellas, cuyos ángulos forman líneas curvas, que los convierten en cristales de aumento, y si el sol les da de lleno, al herir sus rayos la hierba seca, nada tiene de extraño que la hierba arda y comunique el incendio a la broza seca que tiene vecina, propagando el incendio.

—El águila puede pasarse veinte días sin comer, sin que su salud se resentida.

—Para tomar baños locales de vapor, muy económicos, es un medio muy rápido y muy eficaz tomar una vasija o barreño y poner en él unos pedazos de cal viva del tamaño del puño de una persona, echando agua encima, poco a poco. La cal se calienta al instante y de ella se desprenden vapores en abundancia. Se coloca entonces sobre la vasija la parte enferma o afectada de dolores, y se cubre todo con una manta gruesa. Cuando la temperatura es demasiado alta, se levanta por un momento una punta de la cubierta. Si tarda mucho en elevarse se echa un poco más de agua sobre la cal.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ.

(94)

darla la bienvenida a su regreso de Berlín, donde el duque, su marido, había estado desde pocos años después de su matrimonio desempeñando un alto cargo diplomático.

Gonzalo Estrada, con excelente tacto, en lugar de presentarse entre la aristocracia y desafiar los celos y las envidias de quienes le contemplaban elevarse a tanta altura llenos de admiración, y de aquellos otros que pretendieron en balde la blanca mano de María Victoria, decidió ausentarse durante una larga temporada y gozar de su dicha ampliamente en país extranjero, para volver a la Corte cuando el rumor se hubiese apagado y otros asuntos de mayor y más reciente actualidad reclamasen la atención de los desocupados. Pero como el nuevo duque de Mur no era hombre capaz de pasarse la vida mano sobre mano,

además de que esto le hubiera repugnado siendo como era persona de excesiva delicadeza, solicitó y obtuvo cierto cargo diplomático que le obligó a trasladarse a Berlín con su mujer.

Como había pensado, al volver a Madrid nadie se acordaba ya de murmurar de la desigual unión, cosa nada nueva por otra parte en los anales aristocráticos.

Su instalación definitiva en el hermoso palacio de Mur fué solemnizada con una gran fiesta que se vió concurrirísima, y al organizar su vida la duquesa ha vuelto a abrir sus salones los lunes para recibir a sus íntimos.

Esta tarde, una serena tarde abriliana, la concurrencia ha sido muy numerosa. Sin duda han acudido más amigos que de costumbre para felicitar a los duques por el cumpleaños de su hijo, el mayorazgo de la casa de Mur, que, como su abuelo, se llama Gabriel, y es un lindo chiquillo de cinco años, moreno y enérgico, lo mismo que su padre.

Los cinco años transcurridos en Alemania no han hecho más que embellecer a la duquesa, que es ahora la arrogante mujer que en su primera ju-

ventud prometía llegar a un desarrollo espléndido. Gonzalo Estrada es siempre el mismo hombre extraordinariamente distinguido, cuya inteligencia y demás dotes le elevan a un nivel envidiable en el mundo de los negocios públicos y de las relaciones internacionales. Murmúrase en los centros diplomáticos que su permanencia en España no será larga, porque se indica su nombre para la provisión de cierto cargo vacante en una importante Corte europea.

Junto a la mesa de té, próxima a la galería encristalada, cuajada de plantas de invernadero, charlan a media voz los últimos concurrentes. Losada, Heredia, el marqués de Laguar, doña Mercedes— a quien su nuera desearía tener siempre consigo,—Ricardo que ha venido a cumplimentar a su sobrinito y que va a casarse muy pronto con Marina Núñez, heredera de una noble y acaudalada familia que sigue gustosa el ejemplo de rebeldía que le dió su amiga María Victoria. Mur y que licenció al zángano de quien anduvo un tanto enamorada...

Tiene la palabra Paulina Sandoval, siempre frívola y deseosa a toda hora

—Es muy útil conocer el origen de los colores: así sabemos que de la cochinitilla se obtiene el carmín, el escarlata, el carmesí y las lacas púrpuras; la jibia da la sépia que es el líquido que arroja cuando se ve atacada para escapar a sus enemigos; el amarillo indio, procede del mismo; el azul de Prusia de cascos de caballos y otros restos animales fundidos con carbonato potásico. Ciertas lacas se derivan de raíces de distintas plantas, corteza y residuos: el negro azulado, sale del carbón de tronco de parra, y el bistre, es el hollín de cenizas vegetales.

El caracol

Todos vosotros habeis visto arrastrarse los caracoles, pero quizás alguno no se haya parado a meditar qué clase de bichos son. Por eso yo voy a daros una breve explicación sobre los mismos.

El caracol es un molusco de cuerpo blando, recubierto de gruesa piel llamada manto. Su forma de caminar es arrastrándose, ondulando su piel viscosa.

Los que comunmente llamamos cuernos, son unos tubitos que se alargan y encogen hasta quedar completamente metidos dentro de su cabeza. En el extremo de los cuernos se encuentran los ojos.

La concha del caracol es lo que pudiéramos llamar su casa, pero forma parte integrante de su cuerpo, de tal manera, que si se la arrancásemos, su muerte sería instantánea.

Cuando llega el invierno, el caracol nota la falta de hojas tiernas, su exclusivo alimento y se esconde en el hueco de un árbol. Encoge su cuerpo y construye capas de baba alrededor de los bordes de la concha, dejando un orificio para respirar. Así duerme largamente.

El caracol deposita en un agujero veinte o treinta huevos a la vez. Estos huevos se encuentran en la tierra a dos o tres centímetros de profundidad. El frío no les perjudica, hasta tal extremo, que se han hecho experimentos introduciéndolos en hielo, no perdiendo por ello sus cualidades germinativas.

En España, Italia y Francia se comen cierta clase de caracoles.

FEDERICO TORRES.

AMOR FILIAL

(CUENTO CHINO)

Los padres de Wu-Mang, un chucuelo que sólo tenía ocho años de edad, eran tan pobres que no contaban ni con el dinero preciso para comprarse un mosquitero para su cama. Pero cada día, después que sus padres se habían dormido, Wu-Mang se acercaba a su lecho y dejaba que los mosquitos le picasen a él, sin ahuyentarlos.

De este modo libraba a sus padres de las molestias de los mosquitos.

de sentirse el centro de todas las miradas, cosa difícil de conseguir estando cerca la duquesa de Mur. La charla se ha hecho confidencial; puede decirse que están en familia. El duque de Mur, sentado cerca de su mujer, hace sonreír a Laguar, que le advierte tan enamorado como el primer día y siente una santa envidia por semejante ventura...

—No os podéis figurar— dice la marquesa de Laguar.—El escándalo ha sido terrible... Yo lo he sabido por mi doncella, que es parienta de la de Carmen...

—¿De quién habla usted, marquesa?— pregunta Losada que andaba un tanto distraído mirando un álbum con fotografías de Arán y de Trempe.

—De la Torresaltas— contesta el duque.—Aquella morena de la otra noche.

—Sí, ya; la del palco del Real.

—¡Hermosa mujer!

—Muy guapa y muy poco aprensiva— afirmó sin pizca de caridad Paulina.—Nada menos que les ha cogido el marido en fraganti. Perico está furioso. Hace ya tiempo que se lo maliciaba, pero no tenía pruebas. Ayer di-

SALDO DE CHISTES MALOS

En la escuela:

El maestro.—¿Dónde tiene usted el sentido del olfato?

El discípulo se encoge de hombros.

Maestro.—Pregunto que en qué sitio de su cuerpo tiene usted el olfato.

El discípulo conserva el mutismo más absoluto.

El maestro.—¡Acérquese, hombre!

Y poniéndole en las narices la petaca que tenía sobre la mesa, le dice:

—¿Por dónde huele usted?

El discípulo.—Por la petaca.

—¿A ti te gusta el arte?

—¡Mucho!

—Pues pásate en invierno sin abrigo, y te helarás.

—¿En qué se parecen un gimnasio y una tienda?

—En que los dos tienen pesas.

En el colegio:

—Señor profesor, mi hijo quiere ser abogado.

—¡Pero si es tartamudo!

—No importa, porque eso no se le nota más que cuando habla.

Entre baturros:

—Y tú chico, ¿qué vida lleva en los dos años que no le veo?

—Está en Zaragoza estudiando derecho.

—¡Derecho! ¿Y los dos años ha estado estudiando?

—¡Y ya va pa' tercero.

—¡Míá tú que tienen ca' cosica en Zaragoza!

—¿Y cómo hace para no cansarse?

—¿En qué se parece un coche de alquiler y una pelerina?

—En que los dos son de punto.

Entre estudiantes:

—Yo tengo el grado de bachiller, el grado de licenciado, el grado de doctor, el grado...

—Bueno, bueno, ¿tú eres un estudiante o una botella de aguardiente de caña?

—¿Por qué lo dices?

—Por la cantidad de grados.

—¿Por qué las mujeres flacas odian a la electricidad?

—Porque son del gas.

—¿En qué se parece un señor en el día de su santo a un boxeador?

—En que los dos dan puños.

—¿Por qué los músicos cuando van por la carretera no tocan?

—Porque de cuando en cuando hay unos postes en los que ponen: «No tocar peligro de muerte».

Imp. de Manuel Sintes y C. — Plaza del Príncipe, 11.

jo que se marchaba a la Granja y que no volvería hasta el día siguiente, pero si siquiera salió de Madrid. Volvió a media tarde y ya podéis figuraros el espectáculo...

—Pero ¿quién es él?— preguntó María Victoria Mur bastante impresionada.

—El violinista mujer, ¿quién había de ser? Ya sabes que en sus tiempos se quiso casar a despecho de toda familia.

—Más cuenta le hubiese tenido. Para acabar así...—murmuró Marina Núñez.

—Pues así acaban las que no encuentran en el amor recíproco del matrimonio la fortaleza que les falta para vencer las tentaciones—aseguró el duque.

Paulina, que tenía que perdonar en su corta vida de casada hastantes infidelidades al marqués, suspiró levemente. La duquesa la miró con inquietud; ella se azaró un poco ante la impudencia interrogante de los ojos de su prima, pero ésta pudo leer claro que si bien había sido sacudida su alma por las tentaciones, no sucumbió a la fortuna.